

# EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.

NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 18 DE OCTUBRE DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.

NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: CALLE DE ATOCHA, NÚM. 59, BAJO: MADRID.

## COSAS DEL DÍA.

No puede negarse al célebre jefe de los radicales su buen deseo.

Poco después del triunfo de la revolución de Setiembre, y cuando ocupaba por sus merecimientos liberales, el ministerio de Fomento, hallábase intranquilo y desasosegado, buscando una idea que le inmortalizara, señalando al propio tiempo su paso por el poder.

Una noche rompiendo con sus aficiones fué al teatro, en el cual se representaba el *D. Juan Tenorio*, drama de otro Zorrilla, que nunca ha sido jefe de pelea, pero que no deja de tener algún valor, si bien infinitamente menos que el héroe de Tablada. Este, que se había dormido en un entreacto, despertó cuando un compañero suyo le avisó que había empezado la segunda parte del drama, y clavó los ojos en el escenario y los oídos en la concha del apuntador.

El teatro representaba un cementerio, y en medio de sus tumbas se veía á un hombre que leía en alta voz:

«...magnífica fué en verdad la idea del tal panteón.»

Ruiz Zorrilla sonrió satisfecho: ya tenía su idea.

Aquella noche la consultó con la almohada, y en uno de los primeros consejos de ministros presentó el decreto de su célebre Panteón Nacional. El ministro revolucionario quería sin duda comprar con aquella firma digna sepultura para sus huesos.

Poco después, la España entera removía los preciosos restos de sus grandes hombres: inventaba los que no parecían y los mandaba á la capital en pequeña velocidad, como la más despreciable mercancía.

Unas semanas más tarde, los restos de los ilustres españoles, señalados para el sacrificio, eran llevados en los carros de la limpieza, cubiertos de percalina, al templo de San Francisco, y encajonados en uno de sus más oscuros sótanos, donde deberían esperar á que se construyera el panteón que debía recibirlos.

Por la misma época era llevado á Leganés un individuo que, después de comprar los muebles para un palacio que debía edificar, se encontró sin dinero para hacerlo; y era objeto de mil burlas un arquitecto que pretendía edificar una casa empezando por la bohardilla.

Han pasado cinco años, y el panteón sigue en proyecto.

Una piadosa sacramental ha creído prudente solicitar el cuerpo de Calderón de la Barca, del que fué despojada, y una nueva procesion—más literaria que política—ha llevado los restos del poeta desde el sótano de San Francisco al campo del eterno reposo.

Los demás cadáveres siguen hacinados en el lugar que les asignó el radicalismo; pero ya se dice que los arquitectos madrileños han reclamado los restos de Villanueva y Rodríguez; ya se susurra que el pueblo de Infantes piensa reclamar el cadáver de Quevedo; ya, por último, el periódico del Sr. Sagasta ha calificado de absurda la idea del panteón.

No faltará quien diga que el Sr. Sagasta era ministro cuando se verificó la primera procesion... pero de Jesucristo dijeron, con ser Hijo de Dios.

El anterior suceso ha sido lo que ha caracterizado principalmente á la semana, pues no queremos recordar la historia de unas cartas que han llevado á las prisiones de San Francisco al director de *La Igualdad*.

Rara coincidencia! Con pocas horas de diferencia entraba el cuerpo de un vivo y salía el de un muerto del edificio de San Francisco el Grande. Entre la entrada del uno y la salida del otro caía un rayo en el mismo edificio.

Meditemos.

Escusamos decir que aquel rayo no cayó sin previo aviso. Antes de su caída había sufrido Madrid una tormenta de tal magnitud, que rompió los aparatos

telegráficos, apagó el gas de algunos cafés é inundó calles y plazas con una lluvia torrencial.

Manzanares, el hipócrita Manzanares, se entró muy serio por las casetas de las lavanderas y avanzó impo- nentemente derribando bancas y puentes de madera, como diciendo: ¿Dónde están los poetastros que se permiten burlarse de mí?

No está averiguado si trajo la avenida alguna ballena; pero sí que traía veinticinco centímetros de granizo sobre la turbia superficie de sus aguas.

El Lozoya avergonzado, no ha querido arrostrar los peligros de la competencia, y se ha ocultado en sus cañerías, recorriendo las calles y sin decir *esta boca es mía*, á pesar de las muchas que tiene.

Con motivo del asunto del panteón, un periódico que se llama *El Perro Grande*, ha propuesto que se lleven las eminencias españolas al Escorial.

Otro periódico propuso días atrás que se llevase al mismo punto el cuartel de Inválidos.

Nosotros creemos que lo que debería llevarse al Monasterio de San Lorenzo es un buen número de albañiles para componer los desperfectos que ocasionó el incendio.

Hemos hablado de un gran poeta muerto: hablemos ahora de otro que vive, ó vivía al menos, en la Habana á la salida del último correo.

El *Diario de la Marina* nos lo ha hecho conocer, insertando su primera producción, que es como sigue:

«Con cuánto placer, hija mía,  
Veó llegar este hermoso día,  
Viéndote hermosa y lozana,  
Desempeñar con alegría  
El dulce nombre de madre.  
Tan afanosa y contenta  
Te veo en tus brazos gozar  
De ese hermoso ángel  
Las dulces caricias y alegría,  
Y que Dios lo conserve para placeres,  
Y contento de sus queridos padres  
Y abuelos, que tanto gozan  
Con sus dulces caricias  
Todos á cual más á porfía,  
Dando alegría á la casa!»

¡Oh! La isla de Cuba nunca podrá perderse.

Cuando no se ha perdido con los versos anteriores, isla tenemos para rato.

## ROMANCE (1).

Ilustres y sábios próceres  
que componen el Gobierno,  
secretarios del Despacho,  
de Castilla consejeros,  
generales de las Ordenes,  
arzobispos reverendos,  
respetables veinticuatro  
señores Grandes del Reino,  
alcaldes de Casa y Corte  
y ministros del Supremo,  
(si es que en la nación hispana  
aún existe todo eso)  
estas letras os dirige  
don Francisco de Quevedo  
que, arrancado á viva fuerza  
de su humilde enterramiento,  
lleva ya un lustro esperando  
descanso para sus restos.  
Con él están insepultos  
aquel cantor dulce y tierno,  
Garcilaso de la Vega,  
soldado de noble aliento,  
á quien mataron traidores  
franceses arcabuceros;  
el famoso Juan de Mena,  
el preclaro autor discreto,  
que escribiendo *El Laberinto*  
nos asombró con su ingenio;  
el buen D. Alonso Ercilla,  
que empuñó en Arauco á un tiempo  
la tizona de Rodrigo  
y la trompa de Tirteo;  
el gran Gonzalo de Córdoba,  
terror de los sarracenos,  
aquel ni las armas  
ni la envidia le vencieron;

(1) Leído por el Sr. Caltañazor en el teatro de la Zarzuela.

el señor Juan de Lanuza,  
el esforzado mancebo  
que pereció en el cadalso  
por Aragón y sus fueros;  
el marqués de la Ensenada,  
de gobernantes modelo,  
gran protector de las ciencias,  
y con tanto entendimiento,  
que de Hacienda fué ministro  
y acabó con los empréstitos,  
y otros insignes varones  
que, como á mí los trajeron  
entre pendones y músicas  
y mucho acompañamiento.  
También vino el gran dramático  
que escribió *La vida es sueño*  
y dió con su nombre gloria  
á España y al mundo entero.  
El, más feliz que nosotros,  
hoy sale ya de este encierro,  
y vuelve á la sepultura  
donde estuvo en mejor tiempo.  
¡Oh! magníficos señores,  
los señores del Gobierno,  
volver á nuestros sepulcros  
es lo que todos queremos.  
Ya que agora en nuestra España,  
por las noticias que tengo,  
nunca están en paz los vivos  
dejad que lo estén los muertos.  
Que no habeis de hacer presumo  
aquel panteón soberbio  
por la razón poderosa  
de que no teneis dineros,  
que todos se necesitan  
para comprar plomo y hierro  
con que se matan los hijos  
que de una madre nacieron.  
Y si algún dinero queda,  
que á la verdad no lo creo,  
háganse plazas de toros  
donde cornadas y vuelcos  
honesto solaz ofrezcan  
á mis nobles madrileños.  
A los ilustres varones  
que honor de su patria fueron  
les basta para su gloria  
con sus obras y sus hechos.

CÁRLOS FRONTAURA.

## LOS ÁRBOLES.

(CAPÍTULO DE UN LIBRO NUEVO DE D. ANTONIO DE TRUEBA.)

Los árboles antiguos que comenzaban la colina de Olachea, entre ellos unos enormes castaños que sombreaban la subida, no solo habían sido respetados al restaurar la casa y sus dependencias, sino que habían sido mejoradas sus condiciones vegetativas.

Por ello di la enhorabuena á D. Juan y Leandro.

Sentámonos en un banco rústico al pié de un gran castaño que Leandro me dijo le recordaba el que en los *Capítulos de un libro* había recordado yo con emoción por haber cobijado á mis abuelos cuando iban á dormir en paz en la humilde iglesia de Santa María de Montellano.

—Ya sabe Vd., añadió, que estos bienes proceden de los antecesores de mamá, que fueron los que plantaron estos árboles, se sentaron á su sombra y sin duda se regocijaron con las primicias de su fruto. Bastaba esta circunstancia para que nosotros los respetásemos y aun les tuviésemos cariño, pero aun sin esto los hubiésemos conservado y mimado. A muchas personas haría reír lo que voy á decirle á Vd., pero á usted de seguro no, porque ya sabemos que Vd. piensa como nosotros en este punto. No es una sensiblería artificial lo que sentimos de los árboles y de otras muchas cosas los que somos dados al cultivo de la poesía: si entre las gentes rústicas de nuestros queridos valles abundan las que hasta sienten complacencia en desgarrar ó descortezar un arbolillo que empieza á hermoear el campo con su verdura y á purificar el ambiente con los efluvios aromáticos de su sávia, de sus hojas, de sus flores, de su fruto, ó en herir con el hacha el árbol que durante un siglo ha dado hermosura, sombra, salud, aroma, fruta al lugar en que vegeta: también abundan en estos hermosos valles gentes que piensan y sienten de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos, sin que se pueda decir de ellas, como se dice de las gentes cultas, que aquel sentimiento y aquel modo de pensar son sensiblerías

de poeta<sup>s</sup>, que por lo falsas corren parejas con los amores, la discreción y la hermosura pastoriles de los Dorilas y los Nemorosos. Supongo que Vd. que tanto se complace en recorrer nuestros valles y montañas y recoger sus tradiciones y anécdotas y memorias populares, conocerá la sencilla, pero hermosa y triste tradición del árbol de Aqueche.

—No, no la conozco.

—Pues se la contaré á Vd., aunque no con los deliciosos pormenores con que nos lo contaba mamá cuando yo era niño.

Marina era hija de un pescador de Bermeo que tenía un huerto en los cercanos declives de Albóniga. Un día, siendo niña, la llevó su padre en su lancha á la isleta ó peñon de Aqueche, á donde el pescador iba en busca de madera para hacer un remo, porque ya sabrá Vd. que en Aqueche se cria un árbol desconocido en el resto de la costa Cantábrica y de madera tan dura, vetada y hermosa, que puede competir con la más preciosa de las regiones tropicales.

Fijó su atención el pescador en el árbol más grande, más recto y más frondoso que había en la isleta y empuñó el hacha para cortar por el pie.

—¡Padre, no cortes ese árbol tan hermoso! ¡Cuánto tiempo habrá necesitado el pobre para crecer en estas áridas peñas!

Así exclamó Marina juntando las manecitas en actitud suplicante; pero como el pescador, burlándose de su simplicidad, fuese á descargar el hacha, la niña trocó su súplica por otra reducida á pedirle que antes de descargarla le permitiese arrancar un débil renuevo que había brotado al pie del árbol grande, cuyo tronco y ramas le amparaban de la inclinencia atmosférica y se veía amenazado también del hacha.

El pescador se detuvo y la niña arrancó con mucho mimo y cuidado el arbolito, y mientras su padre derribaba á hachazos el grande, ella envolvía con tierra y hojas frescas las raíces del pequeño que se proponía plantar en el huerto, prestándole el amparo de que el hacha le había privado.

Apenas volvieron á Bermeo el pescador y su hija, ésta tomó en una mano el arbolito de Aqueche y en otra una azadilla, y encaminándose al huerto, plantó allí el arbolillo, le puso un tutor de caña que le sostuviese, le regó con agua que llevó del arroyuelo próximo á fuerza de embozadas, arregló y acarició sus ramitas doliéndose de verlas ya rústicas y se volvió á la villa muy consolada con la inocente idea de que el arbolito huérfano quedaba consolado también.

La mañana siguiente subió Marina al huerto y encontró al arbolito casi tan verde, fresco, lozano y risueño como estaba cuando le arrancó para librarle de la muerte, y continuando por algunos días sus visitas y sus cuidados y caricias al arbolito, empezó á verle crecer y hermosearse, y la niña hasta le hablaba creyendo que el arbolito entendía sus cariñosas palabras. ¿No le parece á Vd. que si alguien la hubiera oído, la hubiera tenido por imbécil?

—Ciertamente que sí, pero no si ese alguien hubiéramos sido nosotros. Hay ocasiones en que yo creo que los vegetales participan de la sensibilidad y el instinto de los animales. Una tarde de Junio atravesaba yo un maizal y me complacía en observar cómo cada aluvia buscaba un maiz para abrazarse á él y suplir con la fortaleza de aquella planta su propia debilidad. En un claro de la heredad ví una pobre aluvia que inútilmente había extendido sus brazos buscando un maiz en que apoyarse, y cansada de buscarle y desesperanzada de encontrarle, había dejado caer los brazos tristemente. Compadecido de ella y queriendo hacer una prueba que me parecía curiosa, arranqué con mucho cuidado, para no herir sus raíces, una planta de maiz que carecía de aluvia á que sostener y la planté junto á la aluvia, precisamente en dirección contraria á la en que ésta había dejado caer sus brazos ó prolongaciones del tallo en forma de enredaderas. Volví por la heredad la tarde siguiente y me encontré con que la aluvia estaba ya amorosamente asida al maiz!

—Realmente el hecho es interesante.

—No lo es menos el relato del arbolito de Aqueche que ruego á Vd. continúe.

—El arbolito de Aqueche creció y se desarrolló maravillosamente en el huerto de Albóniga con los cuidados y caricias de Marina, que creció y se desarrolló á compás de él.

Un día dijo el pescador á su hija:

—Voy á cortar ese árbol por dos razones: la primera porque el huerto es pequeño y con su sombra le vá ocupando todo ese árbol inútil; y la segunda, porque le necesito para hacer remos, que se pueden hacer muchos de su tronco.

Marina, aterrada, suplicó á su padre que no cortara el hermoso árbol protegido por sus cuidados y su cariño; pero su padre se mostró inflexible á sus súplicas y sus lágrimas.

El pescador estaba disgustado hacía tiempo de la simpleza de su hija, que era ya objeto de burla en la villa y en la aldea, donde llamaban á Marina la enamorada del árbol.

Llegó la mañana siguiente y el pescador encontró enferma á su hija sin que ésta supiese explicar la causa de su mal. Su mal consistía en una melancolía y un desaliento indecibles.

Echóse el pescador el hacha al hombro y se dirigió al huerto para cortar el árbol, pero al llegar se encontró con que el árbol, verde y lozano el día anterior, estaba mustio é inclinaba sus ramas al suelo tristemente.

Apoderóse del pescador una de aquellas ideas superstitiosas, que tan frecuentes son en la gente de mar, y se preguntó.

—¿Ha enfermado y estristecido Marina porque este árbol va á morir, ó este árbol ha enfermado y entristecido porque vaya á morir Marina?

Dominado su espíritu por esta idea y esta duda, el pescador no se atrevió á herir el árbol, como temiendo herir á su hija al herirle.

Volvió á casa con el hacha al hombro y el alma inquieta, y aunque volvía con intención de decir á Marina que renunciaba á cortar el árbol, se arrepintió de ello pareciéndole ridícula la idea que le había movido á no cortarle; y como su hija continuase de mal en peor, se olvidó del árbol y no pensó más que en su hija que se moría lentamente.

En efecto, Marina acabó de morir algunos meses después de enfermar, y como su padre la hubiese oído hablar del árbol de Aqueche en el delirio de la agonía, el pescador volvió á pensar en el árbol y determinó aserrar su tronco y labrar con su madera el atahud de su hija, á cuyo efecto volvió á tomar el hacha y se encaminó al huerto de Albóniga pocas horas después de morir Marina.

Al entrar en el huerto, vió con asombro que el árbol acababa de morir, pues la última de sus ramitas verdes estaba mustia como si la hubiesen cortado hacía pocas horas.

—¡Oh! exclamé conmovido al terminar Leandro esta narración, cómo prueba esa tradición popular lo que Vd. ha dicho; es á saber: que en el pueblo no faltan gentes que piensen y sientan de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos! ¿Quién es el autor de esa semilla y triste historia?

—El pueblo, pues ni en Bermeo ni en la cercana Albóniga donde las gentes del pueblo la cuentan hay gentes de cultura literaria que se dediquen á inventar historias de esa naturaleza.

—Creo que el pueblo hace muy bien en propagarlas y aun en inventarlas, pues supongo que unas veces es inventor y otras, mero cronista de la verdad tal como él la comprende.

—Y Vd. hace bien en inventarla.

Quizá Leandro me hubiera dicho esto con doble convicción si yo hubiera podido entonces añadir á su recuerdo del cestona secular de Santa Mona de Montellano, un suceso de fecha posterior.

Terminaba el mes de Abril del presente año, y hacía meses que la guerra civil convertía al hermoso valle de Somorrostro en lago de sangre y fuego. La batalla decisiva empezó y el humilde Montellano posado en un escalón de la montaña, contemplaba lleno de espanto los horrores de aquel valle que un año antes había yo conmemorado cantando:

¡Qué confianzas tan dulces  
y qué sueños tan alegres  
en aquellas arboledas  
que río abajo se extienden,  
hasta que al pié del Janéo  
la mar azul aparece!

La sangrienta lucha se hizo extensiva al mismo Montellano, aunque no con el encarnizamiento que ofreció en los concejos de Sopena y Galdames, de cuyos amenos valles y quebrados laderos es mirador natural Montellano. En esta aldea, de mí muy amada, que nunca pude pensar que llegase á sonar su nombre en la historia española, se estableció accidentalmente el general en jefe del ejército victorioso, que á la par era el jefe del Estado, y como tal fechó y suscribió allí diferentes decretos encaminados á la gobernación de España.

Quando la batalla no había terminado aun, cuando los invasores de la aldea estaban cubiertos de sudor y sangre, cuando todos sus pensamientos eran de muerte y venganza, cuando dominaba en ellos la indignación, cuando toda idea de belleza moral parecía refractoria á su inteligencia y su corazón, cuando tenían por pueblo enemigo y por consecuencia les era odioso el humilde que ocupaban, no faltó entre ellos quien recordase que quizá estaban á la sombra de un árbol saludado y cantado con emoción por un humilde poeta nacido en aquella aldea.

¡Y buscando el castaño secular conmemorado por

el poeta, se sentó á su sombra y meditó, y sintió, y quizá lloró honda y santamente la lucha patricida cuyo espantoso extruendo aun llegaba á su oído, y movido del noble sentimiento que había despertado en su alma un árbol centenario cuya sombra se enlazaba con la santa sombra de una iglesia rural, procuró comunicar aquel sentimiento á sus compañeros, tostados por el fuego y enrojecidos por la sangre del combate, y quizá el castaño secular, cantado y bendecido por el poeta, libró á la pobre aldea donde descansan los huesos de mis abuelos de ser convertida por el hierro y el fuego en pavoroso campo de soledad y ruina!

¿Cómo no ha de amar y bendecir á los árboles el autor de este libro!

## CARTAS DE MISS DY.

QUINTA.

Dos compañeros de viaje — La ciudad de las iglesias. — Tres catedrales. — El juicio final. — Torre histórica. — Campanas y campanadas. — Monumento erigido al patriotismo. — Su origen. — El camino de Minine. — La noche del 15 de Setiembre de 1812. — Sobre un incendio.

Moscú 9 de Agosto.

Nuestro viaje, amigo mio, vá tomando otro aspecto, otro interés: pero esta variación risueña la debemos, sin duda, á un compatriota de Vd., al caballero D. Enrique Velazquez, jóven español de un trato muy distinguido, y que agregado, segun parece, á una embajada extranjera hace algunos años, pasa su vida viajando en compañía de un buen amigo, holandés de pura raza, Mr. J. Roch, que es el polo opuesto por inclinación y por temperamento.

El Sr. Velazquez tiene un gracejo sin igual, y hasta mi padre, siempre grave, deja de serlo á su lado con no poca frecuencia; en cambio Mr. Roch nunca se rie; el primero es activo, ingenioso é impresionable; el segundo severo, juicioso y extremadamente flemático: las discusiones entre ambos inseparables amigos son por demás interesantes.

Viajamos juntos desde San Petersburgo, y en esta ciudad nos acompañan frecuentemente con mucha satisfacción nuestra.

Ayer, durante el almuerzo, el Sr. Velazquez nos saludó con un proyecto.

—Mi amigo el Sr. Roch dice que Moscú es la ciudad de las iglesias, y propone á Vds. una excursion para visitarlas.

—Dispense Vd., amigo Enrique; yo no me he creído autorizado para proponerle á esta señorita ni á su padre, sino á Vd. sólo.

—Pues entonces lo propongo yo.

—Convenido, exclamamos todos sonriendo.

—Perfectamente; propongo también que Roch se convierta en nuestro *cicerone*, puesto que conoce á Moscú.

Una hora después nos deteníamos junto á la catedral de la Asunción.

—Observen Vds., decía el holandés, que en la arquitectura religiosa de Rusia, más que el arte griego, el gótico, el bizantino, el árabe, ni mucho menos el clásico de la antigüedad, entra la inspiración de Oriente, el arte compuesto y la imaginación caprichosa del arquitecto; pero esto mismo produce esta idea tan armoniosa que sorprende al viajero.

—Sorprendidos, y adelante, interrumpió Velazquez.

—Efectivamente, continuó aquel sin hacer gran caso de su amigo; estas torres, separadas de las naves principales del edificio, parece que no forman parte de él: todas las verán Vds. inclinadas á Occidente y unidas á las iglesias por medio de estos vestíbulos, que, prolongándose con el presbiterio hacia Oriente, forman una cruz semejante á las naves de nuestras catedrales de la Edad media; después las cúpulas de metal dorado, de lápiz-lázuli ó de brillantes colores, todas distintas en formas y dimension, y terminando con una cruz griega, ofrecen un conjunto maravilloso.

—Muy maravilloso, amigo Roch; pero vamos al grano si lo permitis: ¿quién fundó esta catedral?

—Su construcción, D. Enrique, data de la época de Ivan-Kaliba; pero aquella primera construcción se desplomó siglo y medio después, é Ivan III la hizo edificar de nuevo bajo la dirección del célebre arquitecto Fiorovanti, á quien en Rusia llaman siempre el Aristóteles del siglo XV.

—¿Y por qué se le llamó Aristóteles? preguntó Velazquez.

—No lo sé, contestó gravemente Mr. Roch.

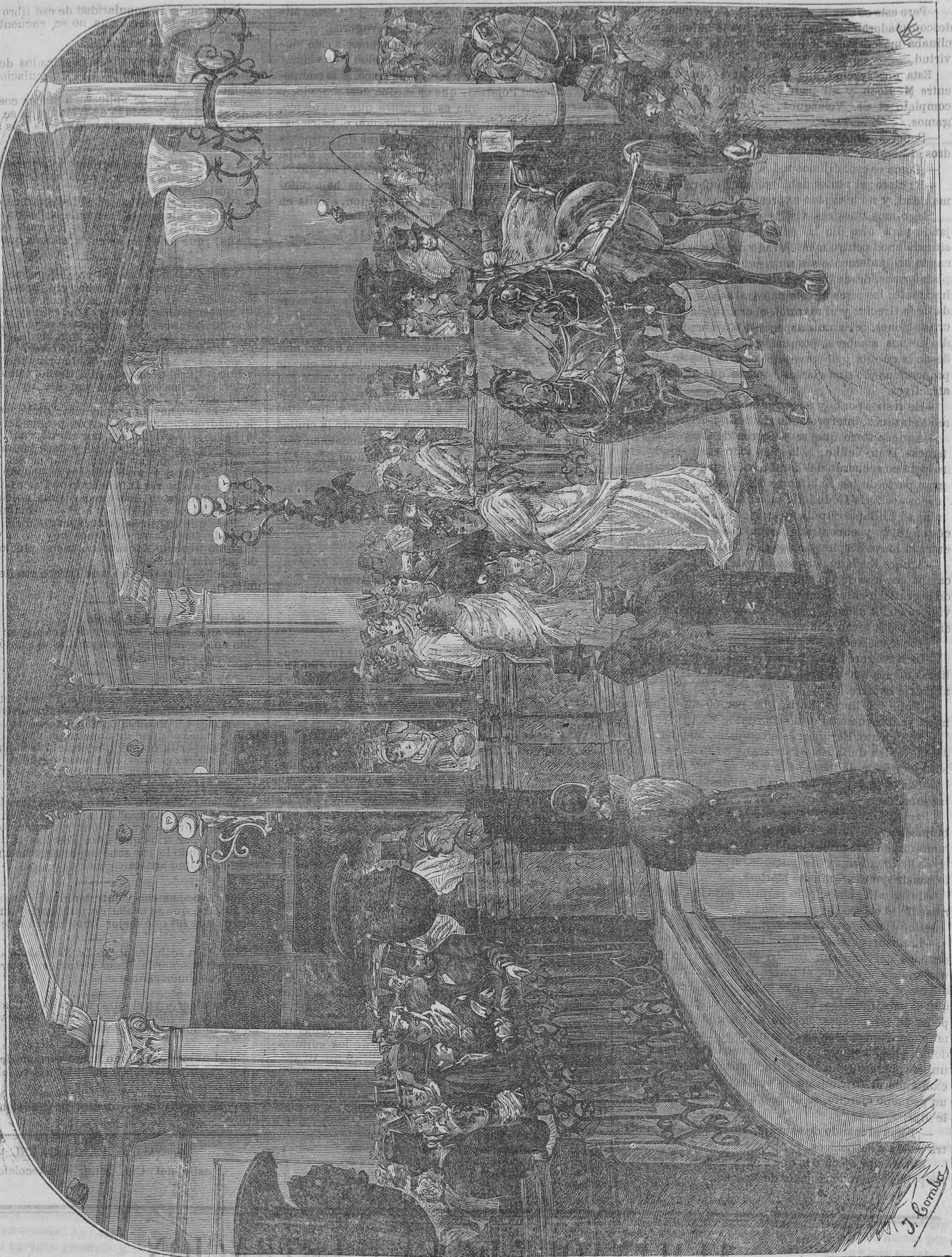
—Quedamos enterados; adelante.

—Las cúpulas de esta catedral se designan por el nombre de *lucero de Moscú*.

—¿Pues qué particularidad tienen? pregunté á mi vez.

—Señorita, tampoco lo sé á punto fijo; pero creo que se funda en estos cuatro pilares de la base que

Vestíbulo del teatro de Apolo de Madrid.



sostiene la bóveda sobre la que se eleva esa enorme cúpula dorada, alrededor de la cual podrá Vd. observar aquellas cuatro pequeñas, como satélites de la mayor.

—Lo que quiere decir, amigo Roch, que como esta explicacion es por cuenta propia, hará bien esta señorita en no tomarla como el Evangelio.

—Sois incorregible, Enrique.

—¿Sí? Pues entonces entremos en el templo, contestó éste con una carcajada.

Todo es rico y lleno de magnificencia en esta catedral, donde se celebraba la coronacion de los Czares y donde existen reliquias, piedras preciosas y pinturas de gran valor: entre todas llama la atencion

la imágen de la Virgen de Vladimiro, guardada en una urna riquísima, cuyo valor asciende á 300.000 francos, y á 150.000 uno solo de los solitarios que tiene en la cabeza la imágen. En otra urna, resplandeciente por las piedras de que está incrustada, se conserva la túnica de Jesucristo, y á su lado otra reliquia de mucho valer, que contiene un fragmento de la verdadera túnica de la Virgen y uno de los clavos con que fué crucificado el Redentor.

—Muy próxima á esta maravillosa catedral podemos visitar otra no menos notable: la de San Miguel Arcángel, en cuyo panteon comienza una série de sarcófagos que guardan los restos de la mayor parte de los Príncipes y Czares moscovitas; nos dijo monsieur Roch al salir del templo.

—Pues vamos á visitar los muertos, añadió Velazquez, caminando el primero hácia San Miguel Arcángel.

Su arquitectura es casi idéntica á la de la Asuncion, y como en aquella allí tambien se conservan reliquias de inestimable precio, sobresaliendo las pinturas al fresco que decoran las paredes y los retratos de los antiguos Czares cuyas tumbas descansan al pié.

—Sírvanse Vds. observar, nos dijo nuestro amable cicerone, que todas estas pinturas representan un solo pensamiento, y este pensamiento, esta idea, es el juicio final.

—¡Hola, hola! Vamos á ver qué va á pasar allí, exclamó Velazquez, examinando los cuadros con gran atencion.

—Pero esto es una concepción tan maravillosa como desconsoladora! exclamé al ver que la balanza se inclinaba más pesada al lado del pecado que al de la virtud.

Esta observación mia dió lugar á una discusión entre M. Roch y mi padre, discusión que cerró por completo el Sr. Velazquez, á quien todos interrogamos.

—Señores, dijo, yo veo en el artista de estos cuadros al hombre de talento y de experiencia.

—¿Como es eso? dijimos todos.

—Es claro; el pintor debió conocer á fondo á la humanidad, y no hizo sino expresar lo que sabia.

Seguimos nuestras visitas religiosas, aunque dejando para otro día la catedral de la Anunciación, situada en el centro más elevado del Kremlin, destacando brillantemente sus nueve cúpulas doradas y sus plataformas, desde donde debe dominarse un extenso horizonte; los pisos de esta catedral son de ágata, traída de la Grecia; y el mármol, el oro, la plata y las incrustaciones, le dan un aspecto deslumbrador en medio de sus sombras, porque la luz baja muy tenue desde la cúpula y al través de los cristales de colores, proporcionando una claridad dudosa que no carece de atractivos.

—Me resistió por hoy á entrar en más iglesias, exclamó Velazquez, interpretando sin duda nuestros deseos.

—Aquella torre que se vé cerca de nosotros, es la famosa Ivan-Velike, á la que todo ruso saluda con respeto en recuerdo del hambre que en 1600 destruyó gran parte de los habitantes del imperio, reinando el insensato Boris-Godunoff: la cruz de oro con que termina su brillante cúpula fué cogida por el ejército francés en 1812, y encontrada, como otras muchas cosas, entre la nieve después de aquella desastrosa retirada.

—Amigo Enrique, suspendidas de esta torre hay 33 campanas, una de las cuales, la Novogorod, es la que democráticamente llamaba al pueblo para que interviniera en los asuntos públicos. Hay dos días en el año en que todas tocan á la vez.

—Tocar es, Roch.

—La Novogorod pesa 120.000 libras, es decir, 380.000 libras menos que la grandiosa campana que descansa al pié de la torre.

—¿Eche Vd. libras, Roch, que por 50 más ó menos no se va á incomodar esta señorita!

—No invento, Enrique; esta campana, mandada fundir por orden de la Emperatriz Ana en 1735, es demasiado conocida de todos, menos de Vd., por lo visto.

—Esa es la verdad, fué toda la contestación de Velazquez.

Para ir á nuestro hotel, tendremos que pasar por la hermosa Plaza Roja, y allí nos detendremos ante el monumento grandioso, que reproduce en bronce un episodio de gloria y de patriotismo: este monumento lo construyó el arquitecto Martoss.

—Interin llegamos, pido permiso para indicar someramente el origen de este episodio.

—Convenido, exclamamos.

—Las usurpaciones de Boris-Godunoff y la aparición después del impostor Duistri produjeron en Moscou una guerra civil que, al través de sus perturbaciones, dió de sí lo que suelen dar todas las guerras civiles; que el país, dividido, humillado y sin fuerzas, cayó en poder de los polacos. Moscou se resignaba á esta humillación, sin pensar en conquistar su independencia; debilitadas sus fuerzas, ni habia patriotismo ni habia un jefe; pero un día brotó un corazón enérgico, que exaltando el patriotismo de sus conciudadanos, creó un pequeño ejército, se dirigió al príncipe Pojarski, y le dijo:

—¡Toma el mando de este ejército, y lanza de nuestra patria á los polacos.

El príncipe ejecutó lo que se le mandaba, y en 1610 los polacos fueron arrojados de Moscou.

Este hombre extraordinario se llamaba Cosme Minine, y era un simple carnicero de Novogorod.

La patria agradecida elevó á su memoria este monolito, que es un grupo lleno de expresión y de vida.

Como Vds. ven, el grupo es de bronce, y lo compone el príncipe Pojarski, que es el que está sentado, y el carnicero Minine, que es la figura que está de pié, con la mano levantada, como implorando el patriotismo del príncipe: esta estatua es el alma del grupo, la idea completa del monumento, como todo el grupo comprende admirablemente el heroísmo del asunto.

Mi padre se acercó al pedestal, lleno de bajo-relieves, y tradujo al francés esta inscripción, escrita en ruso, y que es tan concisa como elocuente:

*Al paisano Minine y al príncipe Pojarski: la Rusia reconocida.—Año de 1818.*

—¿Y hasta esta fecha no se construyó el monumento?

—Diré á Vd., señorita: el martes 15 de Setiembre de 1812 estableció Napoleon I su cuartel general en el Kremlin; á las siete de la noche acababan de entrar las tropas, y á esa misma hora comenzó á escucharse un ruido aterrador, imponente, semejante á las olas de un mar embravecido; eran las llamas del incendio con que los hijos de Moscou saludaban al vencedor. Este incendio destruyó todos los monumentos, y diez años más tarde, de entre sus cenizas, se levantó la ciudad nueva más bella y más grandiosa, tocándole en 1818 la reconstrucción del monumento de Minine y Pojarski con proporciones y detalles más admirables.

El patriotismo incendió la ciudad, y el patriotismo la volvió á levantar más orgullosa.

—¡Estoy á punto de entermecerme! exclamó Velazquez, separándose del monumento.

Basta por hoy, amigo mio, —Dr.

Es traducción,

LUIS RACETI.

## CASCABELS.

Tenemos que rectificar un error en que involuntariamente incurrimos en nuestro número del domingo 11. En el publicamos un suelto recomendando el proyecto de erigir un suntuoso monumento en la Puerta del Sol, y el error consiste en decir que el tal monumento debe ser dedicado á Cristóbal Colon, debiendo decir á Isabel la Católica.

Y á este propósito diremos, que lo que quisimos recomendar es el grandioso pensamiento contenido en el artículo que nuestro amigo el Sr. D. Diego A. Martínez publicó en *La Epoca* de 17 de Setiembre, artículo por consiguiente publicado antes que el suscrito por el Sr. D. Rafael Alvarez, que vió la luz en *La Prensa* de 26 del mismo mes, aunque consagrados los dos al mismo asunto, y que también recomendamos.

Conste, pues, que el primer pensamiento sobre tan patriótico proyecto corresponde al Sr. Martínez, lo que consignamos gustosos, dando así al César lo que es del César.

El famoso *Pleito del matrimonio*, seguido en verso por nuestros amigos Guerrero y Sepúlveda, y en el que tomaron parte varios de nuestros primeros poetas, ha alcanzado tal fortuna, que está agotada la segunda edición que apareció en los populares *Cuentos de salón*; y sabemos que se prepara una tercera de todo lujo, con láminas, aumentada con algunos trámites judiciales en que entenderán una célebre poetisa y otros distinguidos escritores.

Y á propósito del *Pleito del matrimonio*; además de las ediciones de Madrid, sin permiso de los editores por supuesto, lo han reimpresso en folletín nueve periódicos de Cuba y algunos de las repúblicas americanas; pero por si esto no era bastante, encontramos en el *Diario de Manila* otra especie de *Pleito*, calcado en el de Guerrero y Sepúlveda, y tan calcado, que dice uno de los poetas al otro:

«Por tu predicar, infiero  
que eras gran propagandista  
y que le sigues la pista  
al buen Teodoro Guerrero.»

Esto prueba la popularidad de ese libro, más buscado hoy por lo mismo que no se encuentran ejemplares.

Parece que ya hay sellos falsificados de los de la nueva serie que se han puesto en circulación en 1.º del actual.

Si en este país se aplicara á hacer cosas buenas todo el ingenio y toda la actividad que se emplea en hacer maldades, ¿no sería este el país más adelantado del mundo?

La otra noche unos ladrones detuvieron el tren que venía de Badajoz, robaron á los viajeros y se fueron tranquilamente.

Cualquier día sabemos al levantarnos que se han llevado los ladrones la fuente de la Puerta del Sol, el Congreso de diputados y todos los rails del tramvia. ¡Jesús! ¡qué país! No se adelanta más que en robar.

Nuestro querido amigo y colaborador, el popular escritor D. Antonio de Trueba, el inimitable autor de tantas obras dignas de eterna fama por la belleza de los pensamientos, lo correcto del estilo y la nobleza de la intención, acaba de enriquecer el ya largo catálogo de sus libros con uno que es una verdadera y valiosa joya literaria. Titúlase este libro *Mari-Santa, cuadros de un hogar y sus contornos*. Nada más sencillo que este hermoso libro, pero nada más tierno, dulce y conmovedor. Estamos seguros de que este libro obtendrá un gran éxito.

No es una novela propiamente dicha; es una serie de cuadros encantadores, es un poema del hogar y de la familia, tan delicado, tan tierno, tan profundo á veces, que encanta y seduce y hace pensar.

Mil enhorabuenas debemos dar al Sr. Trueba por su nuevo libro, y también les corresponde una buena parte á los editores D. Abelardo de Carlos é hijo que lo han publicado en una preciosísima edición, que se vende á 16 rs. en Madrid y á 20 en provincias (1).

Para que nuestros lectores juzguen del encantador estilo de *Mari-Santa* copiamos hoy en EL CASCABEL el capítulo titulado *Los árboles*, que es precioso y les ha de agradar muchísimo.

Muchos libros como los de Trueba son los que hacen falta en España.

Se abrió el teatro de Apolo.

Se cantó bien *El Molinero de Subiza*, y se puso muy bien en escena, pero no mejor que se cantó y se puso en escena en Jovellanos.

Se abrió el teatro Real.

*La Hebreá* ha sido bastante bien interpretada. La señora Vanda-Miller, es una excelente artista, á la que esperamos ver en otras óperas. Creemos que llegará á cautivar la voluntad de nuestro público.

De Tamberlik no hay que decir si fué aplaudido, sabiendo que es el niño, —un poco talludito ya,—el niño mimado de Madrid.

¿No han visto Vds. á Calvo representar el *Segismundo* en *La Vida es Sueño*? Pues no dejen Vds. de ir al teatro del Circo á ver, á admirar á ese actor, y es seguro que por frios que sean Vds., se entusiasmarán contemplando lo que sabe expresar y hacer sentir ese estimabilísimo artista.

Nos parece ameno y entretenido el *Almanaque de doña Mostaza*, que se acaba de publicar, y creemos que será uno de los que mejor éxito logren este año.

Muy bien se ha cantado *La Sonámbula* en el teatro Real por la señorita Fossa y el nuevo tenor Sr. Piazza, que es un buen cantante.

Se ha abierto ya el curso en los Estudios de la Asociación de Católicos de Madrid, que cada vez cumple mejor su noble objeto.

En el número próximo habrá sermón de doña Manuela, y empezaremos á publicar nuevo folletín.

(1) En nuestra Administración pueden adquirirse ejemplares.

IMPRENTA DE EL CASCABEL.

calle del Cid, núm. 4. (Recoletos).

# ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA

1875

Redactado por D. Carlos Frontaura, con la colaboración de los Sres. Alvistur, Enciso, Guerrero, Ossorio, Perez de Guzman, Raceti, Sepúlveda, Solans, y Trueba.

Se regala este magnífico ALMANAQUE, preciosamente impreso y lleno de grabados, á los suscritores de EL CASCABEL que renueven su abono por el año 1875, y á los nuevos que se suscriban por un año.

Es el mejor ALMANAQUE, el más elegante ALMANAQUE, el más completo ALMANAQUE.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias. Administración de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo.